

UNA HISTORIA DE
JACK REACHER

**LEE
CHILD**

**NADA QUE
PERDER**



En su constante vagabundeo, el exmilitar Jack Reacher ha decidido atravesar el país de noreste a suroeste, sin equipaje y sin mirar nunca atrás. Su plan se ve truncado al llegar a Despair, un pequeño y hermético pueblo de Colorado donde solo quería tomar un café. Allí los forasteros no son bienvenidos y la policía lo expulsa bajo la amenaza de ser encarcelado si vuelve a pasar por la localidad. Quizá con otras personas esa táctica intimidatoria funcione, pero no con Reacher. Al contrario, algo le empuja a desvelar el escabroso secreto que oculta Despair.

PARA RAE HELMSWORTH
Y JANINE WILSON.
ELLAS YA SABEN POR QUÉ.

1

El sol solo calentaba la mitad que otros soles que había conocido, aunque calentaba lo suficiente como para que siguiera sintiéndose confundido y mareado. Estaba muy débil. Hacía setenta y dos horas que no comía, y cuarenta y ocho que no bebía.

No es que estuviera débil. Es que se estaba muriendo, y era consciente de ello.

No paraba de imaginar objetos que se movían a la deriva. Un bote de remos atrapado en la corriente de un río que tiraba con fuerza de la cuerda podrida que lo mantenía inmovilizado, contra la que luchaba hasta que lograba liberarse. Y su punto de vista era el de un niño pequeño que iba en el bote, sentado, mirando hacia atrás, hacia la orilla, sin saber qué hacer, mientras el embarcadero se hacía más y más pequeño.

O un zepelín que se balanceaba con suavidad por efecto de la brisa y que, por alguna razón, se soltaba del mástil al que estaba atado y se alejaba flotando, poco a poco, y desde el que el niño, que estaba atrapado en él, veía, en tierra, unas diminutas figuras que se movían estremecidas de un lado para otro, agitando los brazos, mirándole con cara de preocupación.

Entonces, las imágenes se desvanecían porque, de pronto, daba la impresión de que las palabras eran más importantes, lo cual resulta absurdo, porque nunca antes le

habían interesado las palabras. Sin embargo, antes de morir quería saber cuáles eran las suyas, cuáles se le podían aplicar. ¿Era un hombre o un chico? Lo habían descrito de ambas formas. «Sé un hombre», le habían dicho algunos. Otros se habían mostrado insistentes: «No es culpa del chico». Era lo bastante mayor para votar, para matar y para morir, y eso lo convertía en un hombre. Era demasiado joven para beber —incluso cerveza—, y eso lo convertía en un chico. ¿Era valiente o un cobarde? Lo habían descrito de ambas formas. Habían dicho de él que era inestable, que estaba perturbado, que estaba trastornado, que estaba desequilibrado, que deliraba, que estaba traumatizado... y no solo lo aceptaba, sino que lo comprendía. Bueno, todo, menos lo de que era inestable. ¿En qué sentido hay que ser estable? ¿Igual que una puerta, con sus tres goznes? Puede que las personas fueran puertas. Puede que las cosas pasasen a través de ellas. Puede que el viento hiciera que se cerraran de golpe. Se lo planteó durante un buen rato y, entonces, frustrado, soltó un puñetazo al aire. Farfullaba como un quinceañero enamorado de la marihuana.

Que era, justamente, lo que había sido hacía un año y medio.

Se cayó de rodillas. La arena estaba la mitad de caliente que otras arenas que había conocido, aunque lo estaba lo bastante como para aliviarle del frío que sentía. Cayó de bruces, exhausto, con las energías agotadas. Sabía con total certeza, con una certeza como no había sentido nunca, que si cerraba los ojos, no volvería a abrirlos.

Pero estaba muy cansado.

Mucho. Muchísimo.

Mucho más cansado de lo que lo había estado jamás ningún hombre o ningún chico.

Cerró los ojos.

2

El linde entre Hope y Despair, entre Esperanza y Desesperación, era una línea. Literalmente. Una línea en la carretera a la que daban forma el final del asfalto de uno y otro pueblo. El Departamento de Carreteras de Hope había utilizado un asfalto denso y oscuro que sus operarios habían dejado muy liso. Despair tenía un presupuesto municipal más bajo, eso saltaba a la vista. En su caso, habían asfaltado la carretera de un modo un tanto irregular con brea caliente y gravilla gris. Allí donde ambas superficies se encontraban, se abría una trinchera de unos dos centímetros de anchura, una tierra de nadie rellena con un compuesto de goma negra. Una junta de dilatación. Un linde. Una línea. Jack Reacher pasó por encima de ella y siguió caminando. No le prestó la menor atención.

Pero, más tarde, se acordaría de ella. Más tarde, llegaría a acordarse de ella con todo lujo de detalles.

Tanto Hope como Despair estaban en Colorado. Reacher se encontraba en Colorado porque hacía dos días había estado en Kansas, y Colorado era justo lo que había después de Kansas. Iba en dirección suroeste. Cuando estaba en Calais, Maine, se le había ocurrido cruzar el continente en diagonal hasta San Diego, California. Calais era el último núcleo de población importante que había al noroeste; San Diego, el último que había al suroeste. De un extremo al otro. Del Atlántico al Pacífico. Del frío y la hume-

dad al calor y la sequedad. Tomó autobuses allí donde los había e hizo autostop donde no. Allí donde no encontraba a nadie que le llevara, caminó. Había llegado a Hope en el asiento del pasajero de un Mercury Grand Marquis de color verde botella conducido por un vendedor de botones jubilado. Abandonaba Hope a pie porque esa mañana no había pasado ningún vehículo en dirección oeste, hacia Despair.

De eso también se acordaría más tarde y se preguntaría por qué no le había llamado la atención.

En cuanto a la gran diagonal que había decidido trazar, lo cierto es que se había salido ligeramente del camino. Lo ideal habría sido dirigirse a Nuevo México, rumbo suroeste, pero no era de esos que se desquician si los planes no salen como uno quiere y el Grand Marquis había sido un coche cómodo y el anciano iba a Hope porque era allí donde tenía tres nietos a los que quería visitar antes de dirigirse a Denver para ver a cuatro más. Reacher había escuchado con paciencia las historias familiares del anciano y había considerado que un itinerario en zigzag, primero al oeste y después al sur, era del todo aceptable. De hecho, probablemente sería más entretenido ver dos lados de un triángulo que uno solo. Luego, en Hope, había consultado un mapa y había visto que Despair estaba a algo menos de veinte kilómetros al oeste y había sido incapaz de resistirse a seguir con el desvío. En una o dos ocasiones a lo largo de la vida había hecho ese mismo viaje, aunque metafóricamente, eso de pasar de la esperanza a la desesperación, y, ahora, dado que la oportunidad se le presentaba así de clara, quería hacerlo de forma literal.

De ese capricho también se acordó más tarde.

La carretera entre ambas poblaciones era recta y tenía dos carriles. Iba elevándose con suavidad mientras avanzaba hacia el oeste, aunque no demasiado. La zona del este de Colorado en la que se encontraba era bastante plana, como Kansas, aunque las Rocosas se veían a lo lejos, por

delante, azules, descomunales, neblinosas. Parecía que estuvieran muy cerca hasta que, de pronto, dejaron de estarlo. Reacher ascendió la ligera cuesta, pero cuando llegó a lo más alto se quedó de piedra y entendió por qué uno de los pueblos se llamaba «Esperanza» y el otro «Desesperación». Los colonos de hacía ciento cincuenta años que se esforzaban por llegar al oeste se habrían detenido en lo que acabaría llamándose Hope y habrían considerado que tenían su último gran obstáculo al alcance de la mano. Luego, tras descansar un día, una semana, un mes, se habrían puesto en camino una vez más, habrían subido esa misma cuesta que él había remontado y habrían visto que la aparente proximidad de las Rocosas no era sino un cruel truco de la topografía. Una ilusión óptica. Un juego de la luz. Desde lo alto de la cuesta, la gran barrera volvía a parecer remota, inalcanzable incluso, al otro lado de cientos y cientos de kilómetros de interminables llanuras. A miles de kilómetros... aunque eso también era una ilusión. Reacher calculaba que, en realidad, los primeros picos significativos estarían a unos trescientos kilómetros. Eso era un mes de duro caminar por un paisaje monótono, junto con los carros de mulas y siguiendo rodadas de carro ocasionales que tendrían décadas de antigüedad. Puede que seis buenas semanas en caso de que no se tratara de la estación más adecuada. Vamos, que tampoco es que fuera un desastre, pero sin duda suponía una amarga decepción, un golpe lo bastante fuerte como para que los más inquietos e impacientes pasaran de la esperanza a la desesperación en dos miradas consecutivas al horizonte.

Reacher había salido de la carretera de brea y gravilla de Despair y había caminado por una zona de tierra arenosa hasta una mesa de roca del tamaño de un coche. Se había aupado a la mesa, se había tumbado en su superficie con las manos detrás de la nuca y se había quedado mirando el cielo, que tenía un color azul celeste pálido y estaba lleno de nubes plumosas que bien podían haber sido los

vaporosos rastros de los vuelos nocturnos que van de costa a costa. Si aún fumara, muy probablemente hubiera encendido un cigarrillo para pasar el rato, pero no era el caso. Fumar implicaba llevar, por lo menos, un paquete de cigarrillos y unas cerillas, y hacía mucho tiempo que había dejado de llevar encima aquello que no necesitara. En los bolsillos no llevaba sino billetes, un pasaporte expirado, una tarjeta de débito y un cepillo de dientes de viaje, de esos cuya funda es al mismo tiempo la empuñadura del cepillo. A esas alturas de la vida, tampoco le esperaba nada en ningún lado. No tenía ningún trastero en una ciudad lejana, no le había pedido a ningún amigo que le guardara nada. Sus únicas pertenencias eran aquello que llevaba en el bolsillo y la ropa y los zapatos que vestía. Eso era todo, y era más que suficiente. Todo lo que necesitaba y nada de lo que no necesitaba.

Se puso de pie, de puntillas, lo más alto que podía sobre aquella mesa de roca. A su espalda, hacia el este, había una ligera depresión del terreno, de unos quince kilómetros de diámetro en cuyo centro aproximadamente se encontraba Hope, a unos trece o catorce kilómetros, una retícula de unas diez calles por seis llenas de edificios de ladrillo, junto con una serie de casas, granjas, graneros y estructuras similares de madera o de chapa ondulada diseminadas por los alrededores. En conjunto era como una especie de borrón entre la niebla. Frente a él, hacia el oeste, había decenas de miles de kilómetros cuadrados completamente vacíos, a excepción de una serie de cintas que en realidad eran carreteras lejanas, y del pueblo de Despair, que estaba a unos trece o catorce kilómetros. Era más difícil ver Despair que Hope. La niebla era más densa en el oeste. Resultaba imposible adivinar los detalles, aunque el lugar parecía más grande que Hope. El pueblo tenía forma de lágrima, con una zona central más plana una vez había comenzado la población, que se iba ensanchando a medida que crecía la zona de actividad, probablemente de naturaleza industrial:

de ahí lo de la niebla. Despair no parecía tan agradable como Hope. Resultaba fría, mientras que Hope le había resultado cálida; gris, mientras que Hope le había parecido amarilla. Desde luego, su aspecto era poco cordial. Durante un breve instante, Reacher se planteó dar media vuelta y seguir en dirección sur desde Hope, lo cual le permitiría retomar su diagonal imaginaria, pero desechó el pensamiento antes incluso de que este se hubiera formado del todo. Reacher odiaba dar la vuelta. A él le gustaba seguir siempre hacia delante, sin mirar atrás, pasase lo que pasase. En la vida todos necesitamos un principio motor, y el de Reacher era el implacable movimiento hacia delante.

Más tarde, se enfadaría consigo mismo por ser tan inflexible.

Había bajado de la mesa de roca y había seguido una larga diagonal por la arena, hasta que había vuelto a la carretera, veinte metros después de donde la había dejado. Había subido el escalón del bordillo izquierdo y había seguido caminando a grandes zancadas, un paso cómodo para él, como para recorrer unos cinco kilómetros por hora, de cara al tráfico que venía, si bien no circulaba ningún vehículo. Ni venía, ni iba. La carretera estaba desierta. Ningún vehículo la utilizaba. Ni coches, ni camiones. Nada. Nadie podía llevarle. A Reacher le había llamado un poco la atención, pero no le había preocupado. No era, ni mucho menos, la primera vez que le tocaba caminar veinte kilómetros. Se había retirado el pelo de la frente, se había ahuecado la camisa y había seguido caminando hacia lo que fuera que le esperara delante.

3

El límite de la población lo marcaba un solar vacío para el que debían de haber planeado algo veinte años atrás, que sin embargo no habían llegado a construir. Más adelante había un aparcamiento que estaba cerrado a cal y canto, puede que abandonado para siempre. Al otro lado de la calle, cincuenta metros al oeste, había una gasolinera. Dos surtidores, ambos viejos. No es que fueran como esas antiguallas que había visto en los cuadros de Edward Hopper, pero seguían estando desfasados un par de generaciones. Al fondo había una construcción pequeña, una especie de caseta, con un ventanal sucísimo tras el cual se distinguían montones de latas de aceite apiladas en forma de pirámide. Reacher cruzó el área de aprovisionamiento y asomó la cabeza por la puerta. El interior de la caseta estaba a oscuras y olía a creosota y a madera sin tratar caliente. Detrás del mostrador había un tipo con un mono azul con manchas negras. Tendría unos treinta años y era flacucho.

—¿Tiene café? —le preguntó Reacher.

—Esto es una gasolinera.

—En las gasolineras venden café. Y agua. Y refrescos.

—En esta no. Aquí vendemos gasolina.

—Y aceite.

—Si quiere.

—¿Hay alguna cafetería en el pueblo?

—Hay un restaurante.

—¿Solo uno?

—No necesitamos más.

Reacher sacó la cabeza de la caseta, hacia la luz del día, y siguió caminando. Cien metros más adelante, en dirección oeste, a la carretera le salieron aceras y, según indicaba una señal, pasó a llamarse Main Street. Diez metros después, al lado izquierdo de la calle, al sur, aparecía la primera manzana edificada, que estaba ocupada por un cubo de ladrillo tristón de tres plantas. Cabía la posibilidad de que en su día hubiera sido una enorme tienda de telas, y sin duda seguía siendo algún tipo de tienda de venta al por menor. A través de las polvorientas ventanas de la planta baja, Reacher vio tres clientes, rollos de tela y menaje de hogar de plástico. Al lado de aquel edificio había otro cubo idéntico, también de tres pisos, y otro, y otro. El centro parecía tener unas doce manzanas, la mayoría de ellas al sur de Main Street. No es que Reacher fuera experto en arquitectura, y era consciente de que se encontraba al oeste del Mississippi, pero aquel lugar le recordaba muchísimo a los viejos pueblos industriales de Connecticut, o a la zona de Cincinnati que daba al río; sitios desnudos, severos, sin adornos y anticuados. Había visto películas de los típicos pueblos pequeños de Estados Unidos en las que habían tenido que montar escenarios para que pareciera que el paisaje estaba más vivo y se acercaba más a la perfección de como era en realidad. Aquel pueblo era justo lo contrario. Daba la sensación de que un diseñador y un montón de operarios se hubieran esforzado para que pareciera que tenía peor aspecto y que era más lúgubre de lo necesario. Había poco tráfico por las calles. Sedanes y camionetas que se movían como si no fueran a ninguna parte. Ninguno de los vehículos tenía menos de tres años. Había pocos peatones.

Reacher giró a la izquierda al azar y empezó a buscar el restaurante. Recorrió una decena de manzanas y pasó por delante de una tienda de comestibles, de una peluquería,

de un bar, de una pensión y de un viejo hotel con la fachada descolorida antes de dar con el establecimiento prometido. El restaurante ocupaba toda la planta baja de otro de aquellos cubos de ladrillo. El techo era alto y las ventanas eran láminas de vidrio que iban del suelo al techo, ocupando casi toda la pared. Cabía la posibilidad de que el lugar en cuestión hubiera sido un concesionario de coches en el pasado. El suelo era de baldosa, las mesas y las sillas eran sencillas, de madera marrón, y olía a verdura cocida. Nada más entrar había un atril junto al cual se encontraba un poste de latón con un pie muy pesado del que colgaba un cartel en el que ponía: «Por favor, espere a que le asignen una mesa». El mismo cartel de todos lados. La misma tipografía, los mismos colores, la misma forma. Reacher se imaginaba que en alguna parte debía de haber una empresa de suministros que los vendía como churros. Había visto carteles idénticos en Calais, Maine, y daba por hecho que los vería en San Diego, California. Se quedó junto al atril y esperó.

Y esperó.

Había once clientes comiendo: tres parejas, una mesa de tres y dos solitarios. Una camarera, pero nadie más de personal. No había nadie junto al atril. No es que le resultara inusual. Reacher había comido en un millar de sitios similares y, subliminalmente, sabía bien qué ritmo llevaban. La camarera solitaria no tardaría en mirarle y en asentir, como diciendo: «Enseguida estoy con usted», después, tomaría nota, serviría un plato, se alejaría de los comensales para acercarse a él, puede que al tiempo que se soplaba un mechón de pelo para apartárselo de la mejilla, un gesto pensado para transmitir, a un tiempo, una disculpa y ganas de agradar, cogería una de las cartas del atril, lo guiaría hasta una mesa, se marcharía apresurada y, después, volvería con él, pero no sin antes repetir una serie de pasos.

Sin embargo, la camarera no hizo nada de todo aquello.

Lo miró. No asintió. Se limitó a observarlo durante un largo segundo y, luego, apartó la mirada. Siguió con lo que estaba haciendo que, dicho sea de paso, no era gran cosa. Tenía tranquilos a sus once clientes. No estaba más que repasando. Se acercaba a las mesas, preguntaba si todo estaba bien y rellenaba aquellas tazas de café que estaban por debajo de una línea imaginaria que había a unos dos centímetros y medio del borde. Reacher se volvió para mirar la puerta, no fuera a ser que se le hubiera pasado algún cartel con el horario y que estuvieran a punto de cerrar. No era el caso. Miró su reflejo en el cristal para comprobar si estaba cometiendo algún ultraje social por el modo en que iba vestido. No era el caso. Llevaba unos pantalones de color gris oscuro con una camisa a juego, también gris. Ambas prendas las había comprado dos días antes en una tienda de excedentes de Kansas que vendía ropa para conserjes. Las tiendas de excedentes de ropa para conserjes habían sido su último descubrimiento. Ropa sencilla, resistente y bien confeccionada a precios razonables. Perfecto. Llevaba el pelo corto y limpio. Se había afeitado el día anterior por la mañana. Llevaba la bragueta cerrada.

Se volvió de nuevo y esperó.

Los clientes se volvieron a su vez para mirarlo, uno a uno. Lo evaluaban abiertamente y seguían a lo suyo. La camarera describió otro circuito por la sala, despacio, mirando a todos lados menos adonde él estaba. Reacher permaneció de pie, analizando la situación con su base de datos mental para ver si conseguía comprenderla. Finalmente perdió la paciencia, dejó atrás el cartel y se sentó en una mesa para cuatro. Arrastró la silla para separarla de la mesa, tomó asiento y se puso cómodo. La camarera observó cómo lo hacía y después se dirigió a la cocina.

No volvió a salir.

Reacher permaneció sentado y esperó. La sala estaba en silencio. Nadie decía nada. Tampoco se oía nada, excepto el entrecocar de los cubiertos contra los platos, a la

gente masticando, el ligero golpe de las tazas de cerámica sobre los platillos y el suave crujido de la madera de las patas de las sillas cada vez que alguno de los comensales se removía. Aquellos pequeños ruidos fueron haciéndose cada vez más intensos en aquel vasto espacio embaldosado y acabaron resultando abrumadores.

No pasó nada durante cerca de diez minutos.

Entonces, una vieja camioneta con cabina doble se detuvo junto a la acera, justo frente a la puerta del restaurante. Hubo una pequeña pausa y, a continuación, cuatro hombres bajaron de la camioneta y se quedaron juntos en la acera. Luego, adoptaron una formación cerrada, hicieron otra breve pausa y entraron en el restaurante. Una vez dentro volvieron a detenerse, miraron por toda la sala y no tardaron en dar con su objetivo. Fueron directos a la mesa de Reacher. Tres de ellos se sentaron en las tres sillas vacías y el cuarto se quedó en la cabecera de la mesa, bloqueando el camino a la puerta.